

PIRATAS DE AMERICA

PARTE CUARTA

Capítulo I

Los capitanes Coxon, Sawkins, Sharp y otros, parten con su flota para el istmo de Darién con el designio de saquear esa tierra. Número de sus barcos y dotaciones respectivas.

Bocas del Toro era el lugar convenido para la reunión de la flota que por segunda vez se había tomado y saqueado Portobelo; Morgan fue quien primero se tomó esa rica ciudad. (1) Estaban ya allí otros dos barcos pertenecientes a los capitanes Peter Harris y Richard Sawkins, ingleses ambos. Aquí supimos que los españoles y los indios del istmo habían hecho las paces después de incesantes guerras. Y también que desde el advenimiento de la paz le habían demostrado su lealtad al capitán francés Bournano en el asalto a Chepo, cerca del Mar del Sur. Y más todavía: que los indios le habían ofrecido guiarlo hasta la también rica población de Tocamora, prometiéndoles él volver tres meses después con más barcos y más hombres. Así pues, aceptamos ir a dicho lugar y recalamos en varias ensenadas con el fin de reparar los barcos. En Bocas del Toro hallamos muchas tortugas gordas, que es la más deliciosa carne del mundo. Listos ya los barcos nos reunimos en una isla nombrada por nosotros Water-Key (Cayo de Agua) en donde se pasó revista a nuestras fuerzas que eran las siguientes.

		Tons.	Cañones	Hombres
Capitán Coxon,	un barco	80	8	97
Capitán Harris	" "	150	25	107
Capitán Bournano	" "	90	6	86
Capitán Sawkins	" "	16	1	35
Capitán Sharp	" "	25	2	40
Capitán Cook	" "	35	0	43
Capitán Alleston	" "	18	0	24
Capitán Row	2 "	20	0	25
Capitán Macket	" "	14	0	20

(1) Este hecho ocurrió en 1671, según la Enciclopedia Británica

Zarpamos de Cayo de Agua el 23 de marzo de 1680 y en la travesía tocamos en el archipiélago de San Blás que tiene ocho leguas de extensión y queda catorce leguas al oeste del río Darién. Estando anclados allí vinieron muchos indios e indias al costado de los barcos con plátanos, carne de venado y frutas para canjear con lo que teníamos del gusto y necesidad de ellos: cuentas y abolorios, agujas, cuchillos y demás chucherías; pero lo que más deseaban eran chachas y hachuelas para talar la selva y cultivar la tierra. Los nativos de allí van casi desnudos; únicamente se colocan el miembro viril dentro de un estuche de oro, de plata o de alguna corteza de árbol, el cual estuche sujetan con una cuerda que se atan a la cintura. Como adorno lucen una media luna de oro o plata prendida a la nariz, adorno que cuando beben algo se levantan con una mano mientras con la otra alzan el recipiente. Píntanse a veces los hombres la cara con franjas de color negro, y las mujeres en rojo. Ellas se perforan la nariz para colocarse un grueso anillo de oro o plata, y cubren su cuerpo con una manta. Tienen por lo común facciones armoniosas, y entre ellas ví algunas más blancas que las europeas, y con cabello rubio de finísimas hebras. Dícese de esa gente que puede ver mucho mejor de noche que de día.

Estos indios nos disuadieron de nuestro plan de asaltar Tocamora diciéndonos que el camino era malo, montañoso y muy solo, y que nos sería sumamente difícil obtener provisiones de boca en el trayecto. Con todo, se ofrecieron a encaminarnos hasta unas pocas leguas de la ciudad de Panamá, por si a pesar de todo queríamos ir allá. Escuchadas tales razones desistimos de la expedición a Tocamora optando, en cambio, por marchar sobre Panamá. Pero Bournano y Row, que eran franceses, se separaron de nosotros manifestando que el viaje a Panamá les parecía demasiado largo. Siendo así, los dejamos en el archipiélago de San Blás. Un jefe indio de aquí nos llevó a otra isla que los ingleses nombran Isla de Oro, situada un poco al oeste de la boca del majestuoso río Darién. En ese lugar nos juntamos el 3 de abril de 1680 los siete barcos que quedábamos.

Los naturales de Isla de Oro nos hablaron de una ciudad llamada Santa María situada sobre un río del mismo nombre que desemboca en el Golfo de San Miguel, en el Mar del Sur. Hay allí una guarnición de 400 soldados, y de sus minas cercanas llevan mucho oro a Panamá. En caso de que no encontráramos allí gran cosa, podríamos seguir por mar a Panamá, de donde sí saldríamos satisfechos. Tan de buen grado aceptamos esta idea que el 5 de abril de 1680 pisamos tierra firme 331 hombres, dejando a los capitanes Alleston y Macket con un resguardo suficiente para cuidar los barcos.

Los hombres que desembarcaron llevaban por toda provisión tres o cuatro hogazas de pan cada uno; en los ríos hallarían agua hasta de sobra.

JOHN ESQUEMELING

A la hora del desembarco Sharp se encontraba muy débil a causa de una grave enfermedad de la que apenas estaba recuperando. El orden de marcha era este: Primero, el capitán Bartholomew Sharp con su compañía llevaba como emblema una bandera roja con un puñado de cintas blancas y verdes. La segunda división iba al mando del capitán Richard Sawkins con bandera roja y franjas amarillas. La tercera y la cuarta, a cuya cabeza marchaba el capitán Peter Harris, llevaban dos banderas verdes, y su tropa constaba de dos divisiones. La quinta y la sexta, capitaneadas por John Cox, a quien se habían agregado algunos hombres de Alleston y Macket, se cobijaban cada uno bajo bandera roja. La séptima la encabezaba el capitán Edmund Cook, con bandera roja y franjas amarillas; una mano esgrimiendo un sable era su divisa. Todos, o los más, iban armados de sable y pistolón.

Capítulo II

Marcha sobre la población de Santa María. El rey indio de Darién sale a recibirlos al camino. Dificultades de la marcha y varios incidentes ocurridos en el viaje.

Puestos ya en territorio de Darién y divididos en las compañías enumeradas en el capítulo anterior, comenzamos a caminar rumbo a Santa María llevando a cuatro indios como guías. Fuimos primero por la falda de una montaña y después por una bahía de casi una legua. En seguida cruzamos un valle boscoso de dos leguas con algunos sembrados y con un buen camino en medio. Llegamos a la ribera de un río en su mayor parte muy seco, en donde levantamos bajareques para vivaquear.

Allí se nos juntó otro indio, que entre su gente era un destacado caudillo y se llamaba Antonio. Este personaje, al saber que íbamos para Santa María, nos alentó en nuestro intento y se nos ofreció como cabecilla diciendo que desde ya nos acompañaría si no fuera porque tenía a un niño enfermo de gravedad. Pero que, estando él seguro de que al día siguiente moriría, después de enterrarlo se pondría en camino en seguimiento de nosotros. Nos aconsejó no acostarnos en el suelo por el peligro de las víboras abundantes en esa región. Algunas piedras del río que rompimos tenían diminutos granos de oro; estas piedras las arrastran las correntadas que bajan de las montañas en tiempos de lluvias fuertes. Ese día se regresaron a los barcos cuatro hombres que se cansaron. Quedamos 327 con 6 indios. Por la noche llovió un poco.

Al día siguiente traspusimos un cerro muy alto y llegamos a descansar a la orilla de un río que corre al pie de él. El indio Andrés nos dijo que esa corriente moría en el Mar del Sur, y era la misma que pasa por Santa María. Seguimos andando hasta el medio día y luego trepamos cerro alto, pero bastante más que el primero. El camino es peligrosísimo en muchos lugares, y tanto que hay precipicios en donde sólo pueden pasar hombres en fila de uno. Al atardecer llegamos al otro lado y acampamos en la ribera del mismo río, habiendo hecho una jornada de más o menos 18 millas. Esa noche también llovió.

A la mañana siguiente, 7 de abril, caminamos todo el día junto al río cruzándolo varias veces, casi cada media milla, y a menudo con el agua a las rodillas, y también hasta la cintura contra una fuerte corriente. A

eso de medio día dimos con un caserío indígena. Sus ranchos eran grandes y limpios, con paredes de palmito y techo de cañas recubierto con el mismo palmito; son mucho más nítidos que los que tenemos en Jamaica. Tienen muchas divisiones interiores, pero sin escaleras para subir a los cuartos superiores. Cuatro ranchos lo componían, separados por la distancia de un tiro de piedra. Todos tienen en frente platanares. A una media milla de este lugar vive el rey o capitán de estos indios de Darién, quien llegó a visitarnos con corona y manto real, y con la reina y su familia. Su corona era tejida de pequeños bejuquitos blancos de muy curiosa labor, y la copa de la corona era de seda purpúrea. La circundaba una delgada banda de oro de más de dos pulgadas de ancho que se abrochaba por detrás; aquí se alzaban dos o tres plumas de avestruz o garza. De la banda pendía una ringla de chaquiras de oro más grandes que guisantes, bajo lo cual se veía el forro purpúreo de la corona. De la nariz le colgaba una plancha grande de oro en forma de media luna, y de cada oreja una argolla de oro de casi cuatro pulgadas de diámetro con una plancha redonda de oro también y diámetro igual, que en el centro tenía un agujero del cual colgaba la argolla. Su manto era de tela delgada de algodón muy blanco que le daba hasta el tobillo, y los ruedos eran flecos de tres pulgadas de ancho de la misma tela. Lo largo del manto no dejaba ver más arriba de los tobillos. Traía en la mano una larga y brillante lanza, filosa como navaja. Venían con él tres hijos de manto blanco también, y lanza en mano, pero descubierta la cabeza. Su séquito consistía de ocho o nueve personas más. La reina venía arropada en una manta purpúrea, muy ceñida a la cintura, y otras más que le caía holgadamente de la cabeza a los hombros, como aquellos chalets o pañoletas de nuestras abuelas. Traía en los brazos una criatura, y dos hijas, casaderas ya, pintadas casi toda la cara a rayas coloradas, y también casi abrumados los brazos y el cuello de cuentecitas de muchos colores. Estas indias de Darién son por lo común blancas, de modales sueltos, coquetas y avispidas, pero muy honestas y recatadas en presencia de sus maridos, cuyos celos temen. Con estos indios permutamos cuchillos, alfileres, agujas y diversas zarandajas; pero nos dimos cuenta de que en esta clase de tratos son muy avisadas. Permanecimos en ese lugar un día, y elegimos a Sawkins jefe de la descubierta, para cuyo cargo le dimos a seleccionar ochenta hombres. El rey ordenó se nos diese de regalo a cada uno tres plátanos y unos trozos de caña de azúcar. Pero en cuanto nos hubimos comido eso quedamos tan sin nada que, de no haber seguido trocando con ellos, nos hubiéramos muerto de hambre, pues hasta el propio rey negoció entonces sus plátanos con nosotros. De este fruto se hace una masa macerándolo primero y después envolviéndolo en sus mismas hojas; se traga con agua y se llama "miscelaw".

El 9 de abril proseguimos la marcha a lo largo de las riberas del mismo río, encontrando en el camino una que otra casa o rancho. Sus moradores solían pararse en las puertas y obsequiarnos a nuestro paso un

plátano maduro o una mandioca o batata; algunos, a medida que desfílá-bamos contaban nuestro número dejando caer un grano de maíz por cada uno de nosotros, pues no saben contar más allá de veinte. Esa noche llegamos a un lugar que tenía tres ranchos grandes en los que nos alojamos. Hizo muy buen tiempo toda la noche.

Al otro día los capitanes Sharp, Coxon y Cook, con unos setenta nos embarcamos río abajo en catorce canoas. En la nuestra llevábamos al indio Andrés, y en las otras iban dos indios en cada una sirviendo de prácticos en el río. Pero, si ya veníamos hartos de caminar en la montaña, el viaje por agua nos acabó de fastidiar, ya que a cada paso teníamos que apearnos y suspender la canoa en vilo para pasarla sobre pedregales o bancos de arena, y a veces sobre árboles caídos que cruzados sobre la corriente impedían la navegación. Y era todavía peor cuando teníamos que hacer un rodeo para soslayar un raudal, banco o cascada metiéndonos entre el monte. Esa noche levantamos a la orilla del río unos cobertijos para dormir descansadamente.

Continuamos al día siguiente nuestro fatigoso viaje, igual que el día anterior. Por la noche vimos un tigre que nos quedó mirando un rato; no quisimos tirarlo por temor de que el disparo alertara a los españoles, pues nos habían dicho los indios que no estábamos muy lejos de ellos.

Pero al otro día, que fue 12 de abril, nuestras tribulaciones aumentaron en vez de disminuir, no sólo por las dificultades del viaje que se hacían cada vez más intolerables, sino también por la ausencia de nuestro cuerpo principal que el día anterior se había separado de nosotros. Y al no saber por dónde andaban comenzamos a sospechar de la lealtad de los indios que pensamos con su falso asesoramiento nos habían embaucado separándonos de nuestra gente con el fin de dividir las fuerzas y luego, ya cercenados, traicionarnos con los españoles, nuestros acérrimos enemigos. Esa otra noche volvimos a levantar cobertijos para descansar los cuerpos extenuados.

Al día siguiente, que fue martes, continuamos bajando el río y llegamos a una punta arenosa formada por un afluente. Aquí, según nos dijeron, los indios de Darién se reúnen cuando quiera que van a emprender juntos una campaña contra los españoles, sus viejos enemigos. Allí también nos detuvimos en espera del resto de nuestras fuerzas, en cuya búsqueda salieron unos indios que estaban preocupados al notar nuestro recelo y descontento. En la tarde aparecieron los compañeros que se alegraron mucho de vernos, y nos dijeron que se preocuparon tanto por nosotros como lo habíamos estado nosotros por ellos. Allí también pasamos esa noche atareados en la limpieza de las armas, preparándonos para el choque que, según los indios, ya se aproximaba.

LOS BUCANEROS EN AMERICA

Partimos temprano del siguiente día, que sería el último de la jornada, llevando por todo sesenta y ocho canoas en las que íbamos 327 ingleses y 50 indios que nos servían de guías. Hasta allí habían llevado ellos las canoas impulsándolas con unas largas pértigas; ahora las llevaríamos nosotros con canaletes que habíamos hecho para bogar con mucha mayor velocidad. En el trayecto encontramos dos o tres canoas cargadas de plátanos conducidas por indios. A eso de media noche saltamos a tierra como a media milla de la población de Santa María, que era nuestra meta. El lugar donde desembarcamos era fangoso, y tanto así que tuvimos que apoyarnos en los canaletes y palanquearnos agarrándonos de las ramas de los árboles para poder caminar hasta tierra firme antes de hundirnos en el agualotoso fango. En seguida nos dedicamos a despejar el suelo para hacernos de un lugar seco en donde pasar la noche y que no nos viera el enemigo de quien ya estábamos muy cerca.

Capítulo III

Toma de Santa María sin pérdida de vidas, pero el botín fue mínimo. Descripción del lugar, de sus alrededores y del río. Resuelven los piratas irse a saquear Panamá.

Al amanecer del 15 de abril, jueves, oímos un disparo en la población, y en seguida el redoble de un tambor. El ruido nos despertó y corrimos a coger las armas, y después de haber formado tomamos el camino del pueblo. Apenas salimos de la montaña fuimos vistos por los españoles que ya nos esperaban y estaban listos para recibirnos, habiendo antes mandado a Panamá todo el oro y objetos valiosos que tenían. Los vimos correr para parapetarse detrás de una empalizada de doce pies de altura. Y comenzaron a volarnos plomós Pero nuestra vanguardia avanzó hasta la propia empalizada, y derribando dos o tres potes entró en el fuerte apoderándose de él. En esta acción no tomaron parte directa más de cincuenta piratas, y sólo dos fueron heridos, y ninguno muerto. Y, sin embargo, dentro del fuerte hallamos a 260 soldados, y supimos que otros 200 andaban trabajando en las minas de oro, o tal vez fuera que habían ido a dejar el oro a Panamá. Este oro llega a Santa María por un afluente del río, y lo benefician en las montañas vecinas donde se dice existen las minas más ricas de las Indias Occidentales, si no de todo este continente. En el asalto murieron 26 españoles y quedaron heridos 16. Pero el comandante, el cura y la gente más connotada habían huído.

Tomado ya el fuerte recorrimos el poblado que habíamos creído era grande, pero no tenía más que unas viejas casas de cañas, ya que el lugar consistía principalmente en una guarnición destinada a mantener en paz a los indios que odian a muerte a los españoles, y que a veces se rebelan. Pero si el lugar era una calamidad, nuestra suerte fue peor, pues llegamos tres días después que los españoles de allí habían enviado un bongo con tres quintales de oro a Panamá. Es un embarque que hacen dos o tres veces al año de lo que sacan de las minas vecinas. El río, que lleva el mismo nombre del poblado, tiene el doble de anchura del Támesis, de Londres, y su corriente fluye por más de sesenta millas; tiene dos brazas y media de hondo en la propia población. Apenas hubimos entrado en el lugar, llegaron los indios que nos habían servido de guías. Porque en arrimarse a la empalizada; se acurrucaron todos juntos en una zanja, de modo que las balas, cuando el combate estaba en lo fino, sólo les pasaban cuanto oyeron los primeros disparos se acobardaron y no se atrevieron a silbando sobre sus cabezas.

Allí encontramos y rescatamos a la hija mayor del rey de Darién. La había llevado allí, contra la voluntad de su padre, un soldado español de quien ya tenía un hijo. El rapto era motivo para que el rey odiara aún más a los españoles. Después del combate los indios mataron a más españoles de los que habían muerto en el asalto; se llevaban a los enemigos desarmados al monte y allí los alanceaban. Pero en cuanto supimos de esa salvajada, no les dejamos sacar a más prisioneros del fuerte, en donde los teníamos reclusos. El capitán Sawkins, con un pelotón de diez se fue en canoa río abajo a ver si alcanzaba a los fugitivos, ya que allá iban los principales del poblado y de la guarnición. Ahora bien, habiéndonos llevado la gran desilusión respecto del oro que nos habíamos soñado con encontrar en Santa María, no queríamos resignarnos a haber caminado tanto para nada, y volver con las manos vacías; especialmente cuando considerábamos que muy cerca de allí sí hallaríamos el oro tras el cual andábamos. De modo que resolvimos ir a Panamá, en donde si tomábamos la ciudad encontraríamos oro más que suficiente para satisfacer nuestro famélico apetito de riquezas, pues a esa ciudad llegan los fletes de plata, oro y piedras preciosas extraídas de las minas del Potosí, en el Perú. Pensando en esto, pues, y para satisfacer el deseo de algunos compañeros, escogimos al capitán Cox como nuestro comandante en jefe. Antes de partir, con unos prisioneros y doce hombres nuestros enviamos a los navíos que habíamos dejado en el Mar del Norte el pequeño botín tomado en el pueblo.

Hicimos los preparativos para emprender la arriesgada aventura de Panamá. Pero los indios que nos habían servido de guías, habiéndonos dado los cuchillos, tijeras, hachas, agujas y cuentas de colores que querían, decidieron casi todos regresarse a sus casas. Sin embargo, el rey, Andrés, Antonio, el hijo del rey (llamado Bonete de Oro por los españoles), y sus parientes, optaron por acompañarnos hasta Panamá, tan solo para ver caer esa ciudad y saquearla. Por otra parte, el rey nos prometió, si fuere ello necesario, contribuir con 50.000 hombres. Además de esa promesa nos alentaba el ofrecimiento del español raptor de la hija del rey, que temeroso de que lo dejáramos a merced de los indios a quienes viera cometer salvajadas con los otros españoles, no había prometido —para salvar la vida— no sólo decirnos por dónde debíamos entrar a la ciudad, sino también conducirnos hasta la propia recámara del gobernador, y que, una vez que lo tuviéramos en nuestras manos, nos entregaría la ciudad entera antes de que los españoles se dieran cuenta de nuestra presencia allí.

Capítulo IV

Salen los piratas de Santa María, y luego van por mar a tomarse Panamá. Extremas dificultades y varios accidentes sufridos en el viaje.

Después de sólo dos días de permanencia en Santa María salimos de allí el 17 de abril de 1680. Nos embarcamos en 35 bongos y una piragua. Y comenzamos a remar río abajo hacia el Mar del Sur, en cuya ribera se asienta Panamá. Los prisioneros españoles que hicimos nos rogaron encarecidamente que los llevásemos, pues no querían quedar en manos de los indios por temor de que se ensañaran ellos. Pero nos costó mucho encontrar suficientes bongos para transportarlos, ya que los indios que no se vinieron con nosotros porque tenían que regresarse, se llevaron algunos con nuestro consentimiento, y otros sin él. Los españoles, sin embargo, se las ingeniaron para hacer balsas, además de que encontraron algunos bongos viejos, y se vinieron detrás de nosotros. Antes de partir quemamos el fuerte, la iglesia y el poblado, todo a petición de los indios que odiaban de corazón a los españoles.

De los bongos tuve la mala suerte que me tocara uno muy pesado, y por lo tanto lento. Por tal razón, y porque éramos sólo cinco los que íbamos en él, nos fuimos quedando a la zaga. El reflujo de la marea dejó unos bancos de arena en seco, y nosotros, que no podíamos saber cuál era el verdadero canal entre una gran diversidad de corrientes que veíamos en frente, tomamos una de tantas y remamos sobre ella dos millas hasta darnos cuenta del error. Así que tuvimos que esperar allí hasta que la marea llenara, puesto que remar en contra nos era absolutamente imposible. Con la llena seguimos remando apuradamente en prosecución del viaje; pero no pudimos alcanzar a los compañeros. A eso de las diez de la noche, habiendo bajado la marea, clavamos una pértiga en el río, y atado el bongo a ella dormimos por turnos. Toda la noche fue de aguaceros que nos calaron hasta los huesos.

Pero a la siguiente mañana, con los primeros rayos del sol, volvimos a coger el río y continuamos en seguimiento de los demás. Unas dos leguas más allá logramos alcanzarlos. Habían pasado la noche en un embarcadero de los indios en donde se ocuparon en llenar de agua dulce todas sus vasijas. Nos dijeron que llenáramos las nuestras, pues que en seis días no volveríamos a hallar agua. Y allá fuimos todos con las calabazas hasta

un manantial distante un cuarto de milla del embarcadero. Pero cuando volvimos ya no estaban allí los compañeros; todos se habían ido. Así son esos hombres cerriles a quienes no les importa un bledo que uno se muera o se quede rezagado en el camino. Nuestras preocupaciones aumentaron ante la perspectiva de volvernos a perder.

Y entonces remamos a todo pulmón tratando de alcanzarlos, pero fue inútil, pues tenía el río tantas islas grandes y pequeñas, que, desconociendo el camino, volvimos a extraviarnos. Con todo, después de mucho trabajo, dimos con la boca del río llamada Boca Chica. Pero, por desgracia, la marea estaba comenzando a subir y la creciente venía violentamente en contra nuestra; y aun cuando estábamos a sólo un tiro de piedra de la desembocadura, que tenía una legua de ancho no pudimos acercarnos a ella. De modo que tuvimos que atracar a la orilla hasta que la marea acabara de subir. Amarramos el bongo a un árbol que casi cubría la marea que aquí alcanza hasta dos brazas de profundidad.

Tan pronto como comenzó la marea a refluir cogimos los remos en dirección a una isla que aparecía como a legua y media de la boca del río, en el Golfo de San Miguel. La navegación se nos hizo muy difícil porque cada vez que una ola golpeaba el costado del bongo —que tenía casi veinte pies de largo por menos de uno y medio de ancho— corríamos el peligro de que se llenara de agua y zozobráramos. Su anchura apenas nos daba lugar para ir sentados. Nos quedamos a dormir esa noche en la isla; y esa fue, por haber perdido otra vez el rastro de los compañeros y por los grandes peligros a que estábamos expuestos, la noche más triste de mi vida. Nos llovió a raudales toda la noche hasta el punto de no quedarnos una hilacha sin empaparse; y la misma copiosa lluvia nos impedía encender fuego para calentarnos. La marea mengua aquí una media milla y deja a la vista peñones altos y puntiagudos. Esa noche tediosa y pesada no dormimos un solo minuto pensando con amargura en el abandono en que nos habían dejado nuestros camaradas, y en la mayor penuria sin el más mínimo consuelo humano. Y a esto debo agregar que por un lado teníamos la vasta soledad de un océano, y por el otro el poderío del enemigo español. De ninguno de los dos podíamos esperar nada que nos confortara; a nuestro alrededor todo era agua salada, rocas altas y montañas. Y nosotros embutidos en una cáscara de huevo en vez de barco, sin ninguna otra cosa que unos trapos viejos encima para protegernos de la intemperie. Y debo decir que en esos días no teníamos ya pero ni siquiera un zapato. Buscamos agua dulce por donde quiera, y no encontramos gota.

Capítulo V

Naufragio de Mr. Ringrose, autor del siguiente relato. Lo apresan los españoles y milagrosamente lo dejan vivir. Otros desastres y accidentes que sufre después de haberse extraviado hasta que vuelve a encontrarse con sus compañeros. Descripción de Golfo de Vallona.

Al amanecer del lunes 19 de abril metimos otra vez la canoa al agua y dejamos la isla ya dicha. Empapados remamos en dirección a la Punta de San Lorenzo. Pasamos en la travesía varias isletas. Era nuestra barquita tan pequeña en aquel inmenso mar que el agua se nos metía por todos lados y un hombre —y a veces hasta dos— se dedicaba a achicarla. Luchando íbamos contra esas dificultades cuando cerca de una de las isletas un recio oleaje nos volcó la canoa y tuvimos que nadar para salvar la vida. Llegamos a la costa, a donde las olas nos devolvieron la canoa. Llevábamos las armas fuertemente amarradas dentro de ellas y sus llaves iban bien protegidas en sus cajas enceradas, y así también las cartucheras y los cuernos llenos de pólvora. Pero perdimos todo el pan y el agua dulce.

Comenzando estábamos a sacar las armas y a limpiarlas, cuando vimos que otra canoa naufragaba también un poco a sotavento de nosotros, estrellándose contra una escollera que acordamos la isleta. Los naufragos eran seis españoles de la guarnición de Santa María que, habiendo encontrado una vieja canoa, se habían venido detrás de nosotros temerosos del salvajismo de los indios. Se nos juntaron y encendieron fuego para calentarnos, y en sus brasas asamos carne que comimos todos en gran camaradería. Pero necesitábamos con urgencia agua o cualquier otra bebida, y no sabíamos dónde hallarla. Nuestra canoa estaba tumbada en la rompiente, pero teniendo sus costados un espesor de seis pulgadas no temíamos que la partieran. La de los españoles en cambio, que era vieja y delgada, se hizo añicos contra las rocas. Y si es verdad que éramos allí naufragos en una desolada isla, por otra parte el Golfo de San Miguel es un estanque por la placidez de sus aguas.

Los hombres de mi compañía querían que nos volviéramos o nos quedáramos a vivir con los indios en caso de sernos imposible regresar al Mar del Norte donde habíamos dejado los navíos. Pero al fin logré per-

suadirlos a seguir adelante por lo menos un día más, y que si al día siguiente no halláramos al resto de la gente, entonces sí yo haría lo que ellos quisieran. Y nos pasamos dos o tres horas en consulta manteniendo siempre a un hombre de centinela para evitar una sorpresa de los indios o de cualquier otro enemigo. Ya al terminar la discusión el vigía descubrió a un indio que apenas nos vió corrió a enmontarse. Envió en seguida a dos hombres a perseguirlo, y lo agarraron, pero siendo un indio amigo los llevó a un lugar cercano en donde estaban siete más de los suyos en una canoa grande en que andaban. Y vinieron todos a donde yo estaba con el resto de mi gente; el contento de habernos juntado en esa isla fue general. Por señas les pregunté por el resto de nuestros compañeros, y me dieron a entender que si nos embarcábamos en su canoa —que era mucho más grande que la nuestra— llegaríamos donde ellos al día siguiente por la mañana. Esta noticia, como fácilmente se comprenderá, nos alegró mucho.

Después de habernos hecho la amistosa invitación, nos preguntaron quiénes eran los otros seis hombres de nuestro grupo, pues advirtieron que no vestíamos lo mismo ni hablaban nuestra lengua. Les dijimos que eran "wankers", como en su propia lengua llaman a los españoles. Su siguiente pregunta fue si les dejaríamos matarlos; mi réplica inmediata fue de que por ningún punto consentiría yo semejante cosa. La respuesta pareció aquietarlos. Pero momentos después de haberles dejado, mis camaradas, queriendo quedar bien con los indios, les hicieron señas de que los mataran. Entonces aquella pobre gente, dándose cuenta del peligro que corrían, comenzaron a dar gritos lastimeros. Yo corrí donde ellos y les salvé la vida. No obstante, me ví obligado a permitir que tomasen a uno como esclavo. Luego les dí a los cinco españoles restantes la canoa que era mía, y les aconsejé que se fueran para evitar que esos salvajes los mataran. Así lo hicieron y yo me quedé descansando allí; dibujé unos trazos topográficos del golfo y de la boca del río que ese mismo día terminé, y es este que presento aquí al lector.

Pero ahora, a Dios gracias, reunidos con esos indios, nos embarcamos en una canoa muy grande, y tanto lo era que en ella cupimos veinte hombres con más comodidad que los cinco que veníamos en la otra. Los indios, además, le habían puesto una vela muy buena, de suerte que, con viento fuerte y propicio que en esos momentos soplaba, zarpamos entre el alborozo general viéndonos libres al fin de todas las ordalías y penurias que habíamos sufrido. Y comenzamos a navegar serenamente después de aquel tedioso y arriesgado viaje que habíamos emprendido en Santa María. Frente a la Punta San Lorenzo corre una fuerte corriente que encrespa el mar, y muchas veces sus olas casi nos anegaron la canoa. Esa tarde, después de haber salido de la isla del naufragio, llovió brutalmente durante varias horas, y la noche fue tenebrosa. A eso de las nueve vimos dos



*A Description of Laguna
or Gulf of Ballona*

fogatas del otro lado de la playa. Apenas los indios las descubrieron comenzaron a gritar: "¡El capitán Andrés, el capitán Andrés!", caudillo suyo. Estaban seguros, decían, de que era él. Y partimos a todo remo hacia allá; pero en el mismo instante en que varábamos la canoa en la playa, salían de los charrales cercanos unos setenta españoles armados de garrotes y otras armas, y apoderándose de nuestra canoa la llevaron a lo seco. Y así, a la hora menos pensada, quedamos todos prisioneros. Yo había echado mano de mi mosquete para defenderme, pero nada pude hacer porque cuatro o cinco españoles me sujetaron presto. Los indios saltaron a la arena y corrieron como venados a refugiarse entre el monte; mis compañeros, por otra parte, se quedaron estupefactos sin siquiera mover un brazo. Pregunté a los españoles si alguno hablaba francés o inglés; respondieron que no. En tal situación comencé a hablarles en latín a los que me parecieron más inteligentes. Resultó que habían sido dejados en esa playa por ingleses de nuestro bando que tomaron esa medida en vez de llevarlos cerca de Panamá hacia donde podían escapar y revelar nuestra marcha hacia esa ciudad. A mí me metieron en un cobertizo hecho de ramas, y relinchaban de alegría por habernos capturado, pues pensaban sentarnos duramente la mano por la toma y saqueo de Santa María. Pero mientras su capitán me interrogaba, se presentó el español que había venido con nosotros diciéndole que yo había sido muy bueno con él y sus compañeros y paisanos, habiéndoles salvado la vida de manos de los indios.

El capitán, que le oyó todo, se levantó de su asiento y me abrazó al tiempo que decía que los ingleses eran enemigos nobles y gente buena, y que los indios eran bribones y traidores. Me sentó a su lado y compartió conmigo su comida que era parte de la que les habían dejado nuestros compañeros en esa playa. Luego me dijo que por la magnanimidad demostrada por mí con sus paisanos nos concedía la libertad y la vida. En cambio, no hubiera perdonado a los indios, pero por mí tan solo accedió a olvidarse de ellos, y que yo me encargara de encontrarlos y llevármelos. Me devolvió la canoa y nos deseó buen viaje, y que además tuviéramos mucha suerte, pues que por nuestra generosidad la merecíamos. Me despedí de él después de un rato, aunque me invitó a quedarme toda la noche. Busqué y hallé a los indios fugitivos que de puro miedo habían huido. Con ellos de vuelta, el capitán me condujo cortésmente a la canoa, diciéndoles a mis compañeros y a los indios que me siguieran; y, así como primero habían arrastrado la canoa a lo seco de la playa ahora nos la empujaban al agua. ¡Extrañas vueltas de la fortuna! Toda la noche llovió muy recio, como ya dije. Y no volvimos a atrevernos a desembarcar en ningún otro lugar, siendo esa —según el decir de los marineros— una "costa de hierro".

Apenas amanecido tendimos la vela, o canaleteamos, o remamos, hasta las diez. En eso vimos venir una canoa a toda velocidad sobre nosotros. Al acercarse descubrimos que eran ingleses de nuestra misma cofradía,

LOS BUCANEROS EN AMERICA

quienes creyéndonos españoles venían a atacarnos. Nos alegramos infinitamente de verlos, y en seguida nos llevaron a donde estaban los demás que en esos momentos doblaban una punta peñascosa detrás de la cual hay una ensenada en donde habían fondeado durante la noche. Celebramos alegremente el encuentro, pues ya nos habían dado por perdidos.

Capítulo VI

Prosiguen los piratas su viaje, hasta llegar a la vista de Panamá. En la travesía toman varias lanchas y prisioneros. Los españoles los descubren antes de que lleguen. Ordenan a los indios matar a los prisioneros.

Del lugar en donde nos reunimos con nuestros paisanos nos dirigimos hacia un promontorio de tierra —según de lejos parecía— pero que resultó ser una isla situada a siete leguas de la costa mencionada en el capítulo anterior. En lo más alto de esta isla los españoles tienen un vigía para atalayar la presencia de barcos piratas. Desembarcamos en la isla esa tarde y subimos a la cumbre de un cerro muy empinado en donde tenía el vigía su ranchito. Cogimos de sorpresa al viejo que no nos vió hasta que estábamos en el platanar frente a su morada. Nos dijo que los españoles de Panamá no sabían que anduviéramos por ahí. Información esta que naturalmente nos animó a realizar nuestro plan de asaltar por sorpresa esa rica ciudad. El cerro se llamó según me pareció oírle decir al viejo, El Farol de los Plátanos.

Desde allí, poco antes de anoecer, vimos llegar al otro lado de la isla una lancha. En dos canoas partimos en el acto a capturarla. Tras el interrogatorio hecho a los que venían en ella, supimos que habían salido de Panamá ocho días antes con soldados que dejaron en cierto lugar no muy lejos de la isla en donde nos encontrábamos; los habían enviado allá a refrenar las tropelías de unos indios y negros que infectaban los alrededores. Habiéndonos apoderado de la embarcación, la mayoría de los hombres corrieron a ocuparla, y sobre todo los que iban en canoas pequeñas. Se acomodaron en ellas 137 individuos, junto con esa maravilla de los mares y valiente capitán que era Bartholomew Sharp. Con ellos entró asimismo el capitán Cook. En la bahía de la isla pasamos el resto de la noche dispuestos a continuar el viaje al siguiente día.

En la mañana cambié de canoa embarcándome en otra que aunque más pequeña llevaba gente de mejor calidad. Zarpamos de la isla y re-mamos todo el día en aguas de poco fondo a distancia de más o menos una legua de la costa; a veces su profundidad no pasaba de cuatro pies, y la arena del fondo era blanca. En la tarde vimos otra embarcación y al punto nos lanzamos a tomarla. Quien primero la abordó fue el capitán

Harris; tras una violenta lucha se apoderó de ella. Treinta de nuestros hombres la ocuparon. Vientos contrarios habían impedido que las otras canoas se unieran a la caza. Esta persecución de la lancha estropeó de tal manera nuestro viaje que cuando cerró la noche nos encontrábamos tan separados unos de otros, que no pudimos reunirnos. No tuvimos más remedio, pues, que varar la canoa en la playa y pasar la noche allí, a unas dos millas y media de la línea de agua alta, y a unas cuatro leguas a sotavento de la isla de Chepillo, hacia donde nos dirigíamos.

Por la mañana, apenas nos puso a flote la marea, comenzamos a remar hacia aquella isla, lugar de cita para todos. En el camino vimos otra embarcación; esta vez fue el capitán Coxon quien pudo acercársele más, pero en ese momento un golpe de viento le impidió abordarla, y en el primer intercambio de disparos mataron los españoles a un Mr. Bull, e hirieron a dos más. Habiéndonos escapado supusimos que esa embarcación llegaría a Panamá antes que nosotros llevando la alarma, como en efecto sucedió. No fue sino hasta las dos de la tarde que todas nuestras canoas y lanchas se juntaron en Chepillo, según lo acordado. En esa isla hicimos catorce prisioneros entre negros y mulatos, y también tomamos una gran cantidad de plátanos; nos abastecimos de agua de buena calidad, y nos llevamos dos cerdos gordos. Pero ahora, creyendo que la embarcación aquella ya habría dado la noticia en Panamá, resolvimos no perder tiempo partiendo inmediatamente de la isla con miras a tomar por sorpresa las embarcaciones españolas para hacernos así por lo menos dueños del mar en caso de que no pudiéramos tomarnos la ciudad por asalto, cosa que ya veníamos considerando un imposible. En Chepillo nos apoderamos asimismo de una piragua que hallamos fondeada en la bahía. Allí sólo estuvimos unas pocas horas, y a eso de las cuatro de la tarde cogimos los remos con el propósito de llegar antes de amanecer a Panamá, de cuya ciudad nos separaban ya sólo siete leguas. Pero antes de salir los jefes decidieron —por razones que nunca alcancé a comprender— matar a los prisioneros que habíamos tomado. Y se impartieron órdenes a los indios de pelear con los negros y mulatos, o más bien dicho de asesinarlos, cosa que naturalmente les agradó mucho hacer. Y se lanzaron a esa tarea de odio y de exterminio a sangre fría. Pero los prisioneros, aun desarmados como estaban, rompieron el cerco de los indios —a pesar de sus flechas y sus lanzas— y lograron escapar desapareciendo en la espesura de un monte cercano. Sólo a uno pudieron matar los salvajes. Remamos toda la noche bajo incesantes lluvias y aguaceros.

Capítulo VII

Llegan los piratas a la vista de Panamá. Traban combate con tres pequeños barcos de guerra españoles. Con sólo 68 hombres se apoderan de dos de ellos. Descripción de la sangrienta lucha. Toman varias embarcaciones en la isla de Perico, frente a Panamá.

A la mañana siguiente, que fue el 23 de abril de 1680, día de San Jorge, nuestro santo patrón de Inglaterra, antes de salir el sol estábamos a la vista de Panamá, vista que desde abordó es todo un panorama. Al poco rato divisamos también los barcos de dicha ciudad fondeados en la bahía de la isla de Perico, distante dos leguas de Panamá. En la isla hay dos bodegas en las que se almacenan las mercaderías que llegan en los barcos. Ese día estaban anclados allí cinco grandes navíos y tres lanchas de buen tamaño pertenecientes a lo que los españoles llaman armadilla, que son barcos de guerra pequeños. Se les había dotado de tripulación especialmente armada para hacernos frente a impedir que de allí pasáramos a tomarnos la ciudad o a piratear en sus aguas. Tan pronto nos divisaron levaron anclas y se vinieron a toparnos, pues ya nos esperaban, conforme al aviso que les habían dado días atrás. Las dos piraguas, por ser muy pesadas, no podían bogar tan rápidamente como nosotros los de las canoas, de modo que pronto nos alejamos bastante de ellas. En nuestras cinco canoas (pues ya éramos tantas) íbamos únicamente 36 hombres en muy malas condiciones para pelear, ya que el continuo remar nos tenía extenuados y éramos muy pocos en comparación del número de enemigos que se nos venía encima. Y como navegaban a favor del viento temimos ser atropellados. Visto lo cual enderezamos directamente al "ojo del viento", según la terminología marinera, colocándonos a barlovento de ellos. Mientras maniobrábamos en esa forma, la piragua pequeña, en la que venían sólo 32, se nos juntó. Éramos 68 piratas los que ese día nos lanzamos al abordaje; (1) el rey de los indios, que venía en la piragua pequeña, era uno de tantos. La nave almirante de los tres pequeños barcos de guerra españoles tenía una dotación de 80 vizcaínos, reputados como los mejores

(1) Se nota cierta confusión respecto del número de piratas que tomaron parte en esta acción. Ringrose sin duda da el número exacto de canoas y hombres que participaron, pero no da cuenta del grueso de las fuerzas. El 14 de abril dice que eran en total 327 ingleses y 50 indios, pero luego dice que el 23 sólo 68 participaron en el encuentro contra los españoles. En otro relato se dice que los piratas eran poco menos de 200. Es evidente que Sharp y sus hombres estaban ausentes, pues se dice que andaban en una barca buscando agua dulce, y volvió a reunirse con los demás el 25 de abril.

soldados de toda España. Eran voluntarios dispuestos a demostrar su valor bajo el mando del gran almirante don Jacinto de Barahona. En el segundo venían 77 negros al mando del intrépido andaluz don Francisco de Peralta. En el tercero había por lo menos 65 mestizos mandados por don Diego de Carvajal. En total sumaban ellos 228 hombres. Sus jefes tenían órdenes estrictas de no dar cuartel a los piratas, y habían jurado cumplirlas. Pero en la práctica es rara la vez que tales órdenes se cumplen.

Tanto la canoa del capitán Sawkins, como aquella en que iba yo, remábamos muy a sotavento de las demás, de tal suerte que el barco de don Diego de Carvajal se metió entre los dos nosotros, y me disparó una andanada de sotavento, y a Sawkins otra de barlovento, que hirieron a cuatro hombres de su canoa y a uno de la mía; pero el español pagó tan caro su osadía que no volvió a repetir la maniobra, pues con nuestra primera descarga le matamos a varios hombres en los puentes. Así quedamos también a sotavento, como antes estaba el resto. En eso la nave almirante de la armadilla se lanzó de repente sobre nosotros, dándonos apenas tiempo para cargar las armas de nuevo, creyendo que podría pasar por nuestro lado con poco o menos daño que el barco que había pasado primero; pero sucedió que a él le fue peor, ya que tuvimos la suerte de matarle al timonel, y su barco se metió entre el viento quedando sus velas en facha, como se dice en lenguaje mariner, que es cuando se quiere parar el curso de una embarcación por medio de las velas, haciéndolas obrar en sentidos contrarios. Gracias a eso tuvimos tiempo de colocarnos bajo su popa y, disparando incesantemente, logramos matar a todo aquel que se atrevía a querer hacerse cargo del timón, y además le destrozamos la vela mayor. Ya para entonces el tercer barco, es decir el del capitán Peralta, acudía en ayuda de su jefe. Aquí el capitán Sawkins que había cambiado su piragua por la canoa, dejó el barco almirante a cargo de nosotros los de las cuatro canoas, pues la suya estaba en mal estado, y se le enfrentó a Peralta. La lucha entre éste y el capitán Sawkins fue muy recia, llegando a juntarse las naves borda con borda, y ambos dando y recibiendo la muerte tan pronto como podían cargar sus armas. Yendo así la batalla, el primer barco viró para acudir en socorro del almirante. Pero nosotros, advirtiendo la jugada y previendo lo que podría sucedernos si quedábamos bajo el fuego de la popa del barco almirante, nos dispusimos a impedirle la maniobra. Y entonces dos de nuestras canoas, la del capitán Springer y la mía, nos afianzamos para hacerle frente. Springer se dirigió derechamente a la nave del almirante, quien desde el alcázar le agitaba su pañuelo. Pero le hicimos frente en mitad de su camino, y de no haber sido porque huyó de nosotros, lo hubiéramos abordado. Le matamos tanta gente que apenas quedaron unos cuantos sanos que con el favor del viento se llevaron el barco fuera del alcance de nuestras armas. Sólo así pudieron salvarse de la muerte.

Habiendo huido de esa manera el barco que debía defender al almirante, arremetimos contra éste de nuevo, y juntos todos lanzamos gritos de

aliento que contestaron los hombres de la piragua, aunque un poco distantes de nosotros. En eso llegamos tan cerca de la popa de la nave almirante que le chocamos el timón. Matamos al almirante y al jefe de pilotos de su barco, lo cual desanimó a los sobrevivientes que habían presenciado la masacre. Y es que ya habíamos matado a dos terceras partes y herido a muchos otros; esto les hizo pedir cuartel, que por cierto se lo habíamos ofrecido muchas veces antes y lo habían rechazado. El capitán Coxon abordó al barco almirante llevando consigo al capitán Harris con las dos piernas atravesadas de un balazo que recibió al lanzarse audazmente al abordaje. Con este barco ya en nuestro poder, transbordamos a él nuestros heridos, e inmediatamente enviamos a dos canoas en ayuda del capitán Sawkins que tres veces había sido valientemente repelido por Peralta desde la cubierta de su propio barco. Y en honor a nuestros enemigos debo decir aquí que nadie en el mundo peleó en esa batalla con más bravura que esos españoles.

Estando nosotros casi borda con borda del barco de Peralta, le soltamos una descarga cerrada, esperando, claro está, recibir de ellos otra igual, pero cuál no sería nuestra sorpresa cuando vemos volar por los aires a sus hombres que estaban al pie del mástil de popa, cayendo unos en cubierta y otros al agua. Apenas se percató de esto el valiente Capitán Peralta se lanzó al agua y, a pesar de nuestro fuego, consiguió subir a bordo a algunos aun estando él con ambas manos quemadas. Pero a un mal se le juntó otro; y fue que mientras reforzaba la defensa de su barco con los que acababa de subir para seguir peleando, otro barril de pólvora estalló en la proa; los que estaban allí salieron volando para caer sobre el castillo de proa. En medio de una gran humareda, y protegido por ella misma, el capitán Sawkins le lanzó al abordaje y se apoderó del barco. Acto seguido subí yo a ver en qué condiciones estaba esa gente. Y lo que presencié no lo había visto ni lo he vuelto a ver en mi vida de pirata, que no es por cierto de salón. Allí no había un solo hombre que no estuviera muerto, o gravemente herido, o bien quemado de tal manera que a trechos su piel negra de pólvora dejaba ver la blancura de los huesos. Conmovido por su desgracia subí después a bordo del barco almirante en donde me encontré con un espectáculo igual. Aquí ví algo tan aterrador que difícilmente podrán creerlo quienes no lo vieron. No quedaban más que 25 hombres con vida de los 86 que eran al comenzar la batalla. Fueron pues 61 los que allí murieron. Pero, lo que es más aún, de los 25 sólo 8 estaban en condiciones de tomar las armas; los restantes yacían tan malamente heridos que les era absolutamente imposible oponer resistencia ni defender su propia vida. La sangre anegaba la cubierta, y apenas si había en todo el barco un lugarcito que no tuviera un coágulo de sangre.

En completa posesión ya de estos barcos de la armadilla, el capitán Sawkins preguntó a los prisioneros de cuántos hombres se componía la

dotación del galeón fondeado en la bahía de la isla de Perico, el más grande de todos, y también la de los otros más pequeños. Peralta, al escuchar las preguntas, trató de disuadirlo de su intento diciéndole que en el más grande había 350 hombres, y que la dotación de los demás estaba bien provista de todo lo necesario para la defensa, contra todo lo cual el número de los piratas era ridículo. Pero uno de sus hombres que yacía agonizante en el puente desmintió lo dicho asegurando a Sawkins que ni en el galeón ni en los otros barcos pequeños había un solo hombre, ya que a todos se les había traído a bordo de estos tres barcos de la armadilla que los piratas acababan de tomar. Fue a éste a quien creímos, pues era un moribundo, quien hablaba; y enfilando hacia la isla llegamos y subimos a bordo del galeón en donde no había un solo hombre. Se llamaba "La Santísima Trinidad"; le habían pegado fuego y barrenado para que se fuera a pique, y le habían aflojado el trinquete. Apagamos las llamas y tapamos el agujero. Terminado este trabajo llevamos a él nuestros heridos convirtiéndolo en barco hospital.

Haciendo un cómputo de nuestras pérdidas de vidas y otros daños, nos encontramos con que 18 habían muerto en combate y 22 estaban heridos. Los tres capitanes contra quienes peleamos estaban considerados por los españoles como de los más valientes de todo el Mar de Sur. Y su reputación era bien merecida, según quedó demostrada en la sangrienta batalla que libraron. Mientras el tercer barco huía de la batalla, se encontró con dos más que venían en apoyo de la armadilla, pero les dieron tan malos informes que se regresaron juntos sin atreverse a hacernos frente. La batalla había comenzado media hora después de la salida del sol, y para medio día todo había terminado. El capitán Peralta, nuestro prisionero, no cesaba de expresar su admiración por nosotros, diciendo que los ingleses éramos los hombres más valientes del mundo, que siempre peleábamos a la descubierta, en tanto que los de otras nacionalidades se atrincheraban hasta lo indecible para pelear parapetados. Y, a fin de cuentas, hubo más muertos de ellos que de nosotros.

Dos días después enterrábamos al capitán Peter Harris, corajudo y valiente soldado inglés nacido en el condado de Kent. Su muerte fue muy sentida. Murió de heridas recibidas en la batalla; y fuera de él todos los demás heridos nuestros sanaron. Estando ya frente a Panamá interrogué a don Francisco de Peralta, nuestro prisionero, acerca de todo lo relativo a esta ciudad y sus contornos. Me informó lo que sigue.

Capítulo VIII

Situación y condiciones en que están Panamá y poblaciones vecinas. Barcos que tomaron los piratas mientras bloqueaban el puerto. El capitán Coxon, con 70 hombres, se regresa al Mar del Norte. Sawkins queda como jefe.

La famosa ciudad de Panamá está situada en los 9° de latitud norte. Se asienta en una profunda bahía del Mar del Sur. La forma de esta bahía es curvada, salvo en la parte que ocupa la ciudad. Antes estaba cuatro millas más al este, en donde fue tomada y saqueada por Sir Henry Morgan, como queda dicho en esta obra. Pero habiendo sido incendiada primero por él, y después tres veces más por causas accidentales, fue trasladada al lugar que hoy ocupa. Sin embargo, en su sitio original —que ahora llaman ciudad vieja— siguen viviendo varias familias pobres; la catedral, ubicada en su lugar primitivo, es un bello edificio que de lejos parece la iglesia de San Pablo, en Londres. La nueva ciudad de que ahora hablo es mucho más grande que la vieja, y sus construcciones son en su mayoría de ladrillo, y el resto de piedra y entejadas. No todas sus iglesias están terminadas; son ocho, y la principal es la de Santa María. La superficie de la ciudad tiene más de una milla y media de largo por más de una de ancho. Las casas, en su mayor parte, son de tres pisos. Sus rondas están bien amuralladas, con dos puertas, excepto por donde un río entra en la ciudad, el cual, cuando la marea está alta, da acceso a las barcas que llegan con provisiones de toda clase para el consumo de sus habitantes. Tiene una guarnición permanente de 300 soldados del rey, y con la milicia compuesta de blancos, negros, indios y mulatos suman 1 100 hombres. Pero en los días en que nosotros llegamos la mayoría de los soldados andaban fuera de la ciudad, de modo que la noticia de nuestro arribo los llenó de terror pánico; lo supieron sólo un día antes. Esto nos hizo pensar después que, si en vez de atacar los barcos hubiésemos saltado directamente a tierra, nos habríamos apoderado de la ciudad; sobre todo si se piensa que sus más valientes jefes y soldados estaban a bordo de aquéllos. Por unas siete leguas a la redonda de la ciudad todo es una sola llanura, lisa como una mesa. Sólo se ven desperdigados pequeños parches montañosos, y por donde quiera aparecen haciendas de ganado; desde ellas atalayan a las fuerzas enemigas que se aproximan por tierra. Se asienta la ciudad sobre terreno muy húmedo, lo cual le da fama de insalubre. El agua que allí se bebe está llena de gusanos, pésima por tanto para llevarla

a bordo; razón por la cual los barcos de la armada española permanecen siempre en Lima, excepto cuando llegan a Panamá con el oro del rey que de allí despachan hasta España. Aquí, a la noche siguiente de nuestra llegada, encontramos gusanos de tres cuartos de pulgada en nuestras sábanas y demás ropas.

En la isla de Perico nos apoderamos de cinco barcos; de éstos, el mejor y más grande, como ya se dijo el "Santísima Trinidad", era de 400 toneladas. Su cargamento consistía de vinos, azúcar, dulces y confituras (de lo cual los españoles de aquel clima hacen una infinita variedad), cueros y jabón. El segundo barco tenía un tonelaje de 300, menos de la mitad de ese peso en barras de hierro, que es uno de los artículos de principal consumo en aquellas latitudes. Este barco fue incendiado con todo su cargamento porque los españoles decían no tener necesidad de él, y por eso no tratarían de redimirlo. El tercero contenía azúcar, y era de más o menos 180 toneladas. Este barco se le dio al capitán Cook. El cuarto era una vieja lancha de setenta toneladas; su cargamento consistía de harina. Fue también quemada junto con su carga por no considerarla entonces de ningún provecho para nosotros. El quinto era una piragua de 50 toneladas, que el capitán Coxon se llevó cuando rompió su asociación con nosotros.

Dos o tres días después de nuestro arribo a Panamá, Coxon, resentido por ciertas críticas salidas de nuestra compañía, resolvió dejarnos y volverse, por la misma ruta que habíamos traído, a los barcos que dejáramos en el Mar del Norte. Para ello persuadió a varios camaradas —opinaban igual que él y lo habían elegido capitán— a dejarnos e irse con él por tierra. Lo que más le criticaban fue su negligencia en la batalla con la armadilla, punto sobre el cual algunos no creyeron que debía difamársele con el estigma de cobarde. Se fue con 70 hombres en la piragua a la boca del río Santa María. Con él se marcharon también el rey de los indios, capitán Antonio, y con Andrés, que por ser muy viejo, según nos dijo, no podía seguir en la brega con nosotros. El rey, empero, nos instó a no ser menos duros en su ausencia con los españoles —enemigos suyos y nuestros— tal como si él estuviera presente. Y, para demostrarnos cuán fielmente seguiría unido a nosotros, dejó a su hijo y su sobrino con el capitán Sawkins, electo ahora comandante en jefe en ausencia del capitán Sharp. También pegamos fuego a los otros dos barcos de la armadilla que tomamos en la batalla, no llevándonos de ellos más que las velas y el cordaje. Con esos quedamos asimismo una barquita que llegó cargada de gallinas y otras aves.

El domingo, 25 de abril, el capitán Sharp con su embarcación y su gente volvió a juntárenos. Había ido en busca de agua a la Isla del Rey, en el archipiélago de Las Perlas. Al llegar allí encontró una embarcación

nueva de la cual se apoderó, y quemó la suya que era muy vieja. La que trajo era buena. Uno o dos días después de la llegada del capitán Sharp se aparecieron los hombres del capitán Harris. Habían capturado otra embarcación, y cortándole los mástiles a la suya por obsoleta, puso en ella a los prisioneros para que sin mástiles ni velas quedaran en el mar a la gracia de Dios. Al día siguiente tomamos otra embarcación que venía de Natá; (1) traía, como aquella otra, aves de corral. En su barquita dejamos en libertad a los prisioneros de menos significación que teníamos a bordo.

Habiendo permanecido diez días frente a Panamá ocupado en los asuntos narrados, el 2 de mayo levamos anclas en la isla de Perico y nos dirigimos a otra isla distante dos leguas de aquella, llamada Taboga. Tenía ésta un pueblo del mismo nombre compuesto por unas cien casas. Sus habitantes huyeron al ver nuestros barcos. Mientras estábamos allí uno de los piratas le pegó fuego a una casa y de ésta pasaron las llamas a otras; total, que antes de que pudiéramos dominar la conflagración 12 casas habían sido reducidas a cenizas. A esta isla llegaron de Panamá varios comerciantes españoles que nos vendieron bastimentos, y nos compraron muchas de las mercaderías que habíamos rapiñado de sus propios barcos. También nos pagaron 200 piezas de a ocho por cada prisionero negro que pudimos venderles. Desde la misma isla veíamos los barcos arribar a Panamá y zarpar de allí; y tomamos además varias barcas cargadas de gallinas, Etc.

Ocho días después de haber llegado a Taboga nos adueñamos de un barco que de Trujillo (2) iba a Panamá. En él hallamos 200 jarras de vino, 50 potes de pólvora, y 51.000 piezas de a ocho. Este dinero lo enviaban desde aquella ciudad para el pago de la guarnición de Panamá. Por los tripulantes de ese mismo barco supimos que llegaría un galeón con 100.000 piezas de a ocho enviadas de Lima, el cual galeón debía salir diez o doce días después que ellos, así que no tardaría mucho en llegar a Panamá. Y dos días después de haber sabido esa noticia tomamos otro barco cargado de harina procedente de Trujillo también; pertenecía a unos indios de esa ciudad o de sus inmediaciones. Sus tripulantes confirmaron la noticia que nos habían dado los otros, es decir que era cuestión de esperar sólo ocho o diez días más.

En Taboga estábamos cuando recibimos un mensaje del gobernador de Panamá enviado con unos comerciantes del lugar preguntándonos qué andábamos haciendo por ahí. El capitán Sawkins le contestó que habíamos llegado en socorro del rey de Darién que era el verdadero amo de Panamá y de todas esas tierras. Y que habiendo llegado desde tierras muy lejanas, era justo que obtuviéramos alguna compensación. De suerte

(1) En Panamá

(2) En Perú

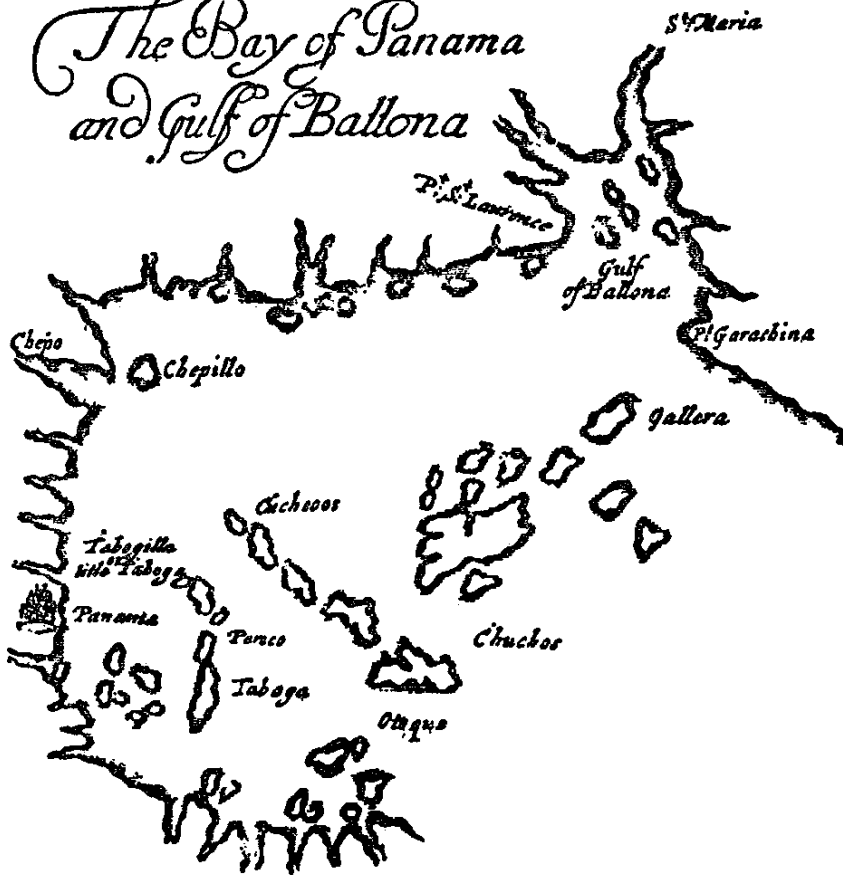
que si él nos enviaba 500 piezas de a ocho para cada uno de los hombres, y 1 000 para cada comandante, y prometía no seguir molestando a los indios dejándolos en paz que disfrutaran de su libertad y poder, como les correspondía por ser ellos los señores naturales de ese país, entonces ellos, los piratas, no volverían a hostilizar a nadie y se irían de vuelta en paz; pero que si no seguirían allí apropiándose de cuanto más pudieran, causando al mismo tiempo todo el daño que les fuera posible. Por los comerciantes que entraban y salían de Panamá supimos que allí residía con el cargo de obispo uno que también lo había sido de Santa Marta (1) cuando cuatro o cinco años atrás el capitán Sawkins lo hizo prisionero en la toma de ese lugar. Sabedor de ello el capitán le envió de regalo dos pilones de azúcar. Al día siguiente el comerciante que los llevó regresó a Taboga con un anillo de oro para el capitán, en retorno de aquel obsequio. Y el capitán Sawkins le llevó también un recado del gobernador quien quería saber más de él, y que pues eran ingleses le dijese quién le había extendido nombramiento o patente de corso y ante quién debería él quejarse por los daños que había causado a los españoles. Sawkins respondió que debido a que no había llegado aún toda su gente no le hacía una visita de inmediato, pero que pronto se la haría llevando su patente de corso en la boca del cañón de su mosquete, y que se la leería a la luz de los fogonazos.

Al capitán Sawkins le hubiera gustado quedarse más tiempo en Taboga en acecho del galeón que estaba ya a punto de llegar del Perú, pero nuestros hombres lo importunaban demasiado pidiéndole provisiones frescas, y ningún razonamiento juicioso pudo convencerlos de que, por su propia conveniencia, era mejor que esperaran. Así fue pues que el 15 de mayo tuvimos que desplegar velas y zarpar para la isla de Otoque. Apenas llegados echamos un bote al agua que fue a tierra en busca de puercos, gallinas y cuanto pudiera hallarse allí. En Otoque tracé un plano desde Punta Garachiné hasta la bahía de Panamá, Etc. Del mío sostengo que es en lo general más correcto y exacto que cualquiera de los levantados por los propios españoles, por cuya razón lo inserto aquí, confiando en que ha de servir a los que se interesan en estas disciplinas.

De la isla de Otoque pasamos a la de Cayboa, muy famosa por sus pesquerías de perlas, y queda a ocho leguas de un lugar de tierra firme llamado Puebla Nueva. En nuestro viaje a la isla perdimos dos barcas; en una iban quince hombres, y en la otra siete. Llegamos a la isla y allí anclamos.

(1) En lo que hoy es Colombia

The Bay of Panama and Gulf of Ballona



Capítulo IX

Muere en el asalto a Puebla Nueva el capitán Sawkins, comandante en jefe de los piratas, que fueron rechazados. El capitán Sharp queda de jefe. Más piratas abandonan las filas y se regresan.

Mientras estábamos anclados frente a Cayboa los capitanes Sawkins y Sharp, al mando de algo así como 60 hombres, salieron en el barco del capitán Cook hacia la boca del río en cuyas márgenes se asienta la población de Puebla Nueva. Conforme al diario que yo llevaba, ese día fue el 22 de mayo de 1680. Llegados a la boca bajaron en canoas y remontaron el río dirigiéndose a la población piloteados por un prisionero negro. Yo estaba entre los que debían tomar parte en el asalto, pero a última hora se me ordenó quedarme en el barco del capitán Cook. Los habitantes de Puebla Nueva estaban bien preparados para resistir la embestida. Desde una milla antes de llegar al poblado habían cortado árboles enormes que cruzaron en el río con el fin de estorbar el paso de los botes. Y con el mismo propósito levantaron en tierra tres fuertes empalizadas y pusieron otros obstáculos. Fue aquí donde el capitán Sawkins, corriendo a la cabeza de sus hombres al asalto de una de ellas, cayó muerto. Fue valiente y corajudo como pocos, y después del capitán Sharp el más querido de la compañía, o de casi toda. Y bien se lo merecía, pues que conquistó los más altos honores en el triunfo contra la armadilla frente a Panamá, en donde se desempeñó a la altura por la ausencia involuntaria del capitán Sharp a la hora de tan grande y sangrienta batalla.

Los que nos quedamos a bordo del barco fuimos en él hasta la boca del río de Puebla Nueva, y entramos orillando la margen oriental en donde se alza un morro. Allí, a dos tiros de piedra de la orilla teníamos cuatro brazas de profundidad. Pero mientras avanzábamos, como no conocíamos la entrada, nos embancamos en un arenal cerca de una roca de la ribera occidental; no sabíamos que el canal de la entrada está más cerca de la ribera oriental que de la otra. Junto con el capitán Sawkins en este desdichado asalto murieron dos hombres más, y otros tres resultaron heridos en la retirada que efectuaron en perfecto orden hasta las canoas. Yendo río abajo el capitán Sharp apresó una lancha con cargamento de añil, manteca, esencia de rosas y resina, y le quemó al enemigo dos barcas que consideró inservibles. Con este botín regresó al barco muy apesadumado por la pérdida de un hombre tan valiente y compañero de innumerables

aventuras. Su muerte fue muy sentida y provocó el amotinamiento de otro grupo que se separó para regresarse por tierra, igual que el capitán Coxon.

Tres días después de la muerte de Sawkins, el capitán Sharp, comandante en jefe entonces, dio la lancha que había apresado en el río de Puebla Nueva —con capacidad de cien toneladas más o menos— al capitán Cook, ordenando además que el viejo barco que tenía se les diese a los hombres que se querían ir, pues el alboroto y el desorden iban en “crescendo” En aquel momento el capitán Sharp subió a bordo de “La Santísima Trinidad” —el más grande de nuestros barcos— y convocando a toda la gente preguntó quiénes querían irse y quiénes quedarse, para con los últimos seguir pirateando en el Mar del Sur hasta completar el viaje que debía terminar circunvalando América por el estrecho de Magallanes. A esto añadió que estaba seguro de que al fin de la jornada todos los que lo siguieran habrían redondeado una fortuna de mil libras esterlinas cada uno. Los que se quedaron después de la partida del capitán Coxon, que eran simpatizantes del capitán Sawkins que sólo querían ser comandados por él y hacer fortuna con él, dijeron que querían irse. Yo era uno de éstos; deseaba abandonar esa azarosa vida y regresar a casa con los que se iban. No obstante, pensando en lo peligroso que sería volver a vivir por un tiempo entre indios salvajes, resolví quedarme —aunque de mala gana— y correr el riesgo de ese largo y aventurado viaje. Y además de la amenaza que significaban los indios, pensaba en que ya las lluvias habían entrado y tendría que cruzar muchos ríos que estando llenos significaban también grandes peligros. Fueron 61 los hombres que prefirieron afrontar esa amenaza, y dejarnos. Así pues, se despidieron de nosotros, y partieron de vuelta llevándose al hijo del rey y demás indios que les servirían de guías. (1) Iban, como dije, en el barco del capitán Cook, y llevaban provisiones de boca suficientes para un número tres veces superior al de ellos

Se fueron el último día del mes de mayo, mientras rajábamos leña y llenábamos los barriles de agua en la isla de Cayboa. Aquí cogimos muchas tortugas y otros mariscos. Matamos también lagartos muy grandes, algunos de más de veinte pies de largo; pero notamos que nos tenían mucho miedo, pues huían velozmente cuando los perseguíamos. Esta isla está al sur-sureste de la boca del mencionado río. Al sureste de ella hay una lengua de arena que se adentra en el mar por un cuarto de legua. Fondeamos detrás de ella en catorce brazas de profundidad. De este lado tiene la isla dos grandes bahías, en la primera de las cuales hicimos aguada en una laguneta cercana a la playa. En esta laguneta, mientras me bañaba bajo un árbol de manzanilla, cayó una garúa sobre el árbol, y el agua de esa lluvia me cayó en seguida a mí. Las gotas de agua me dejaron el

(1) Aquí hay otra vez imprecisión en cuanto al número de piratas que finalmente se quedaron con el capitán Sharp. Ringrose no da las cifras, pero por otro relato parece que 146 hombres siguieron viaje con el capitán Sharp.

cuerpo todo lleno de manchas rojas que no se me quitaron sino hasta una semana después. Aquí comí unas ostras tan grandes como nunca las había visto en mi vida, y tanto lo eran que tenía que cortarlas en cuatro para poderlas tragar.

Tres días después de la partida de los descontentos, el capitán Sharp nos ordenó quemar el barco que había sido de ellos, con el único fin de utilizar su herraje. También transbordamos todo su cargamento de harina a la embarcación que habíamos capturado últimamente en el río de Puebla Nueva, y que iba bajo el mando del capitán Cook, como ya se dijo. Pero la gente que había sido suya no quiso seguir bajo su mando. Por eso abandonó su barco y se vino a bordo del "Santísima Trinidad", renunciando a mandar gente tan indómita como esa. En su lugar quedó uno llamado John Cox, de Nueva Inglaterra, quien en gracia a una vieja amistad con el capitán Sharp fue ascendido a ese puesto, y se convirtió en su vicealmirante. El día siguiente, tres de nuestros prisioneros, un indio —capitán de una de las barcas— y dos mulatos se fugaron.

Después de este incidente se creyó sensato trasladar al capitán Peralta, prisionero en el "Santísima Trinidad", al barco de Mr. Cox. Hízose así a fin de que no tratase de estropear el plan del capitán Juan, comandante del barco que capturamos con el dinero en la isla de Taboga. Pues este hombre nos había prometido realizar grandes hazañas llevándonos a varios lugares muy ricos, pero especialmente a Guayaquil en donde, según decía, tendríamos que abandonar la plata para lastrear los barcos con barras de oro. Este era también el plan del capitán Sawkins, quien de no haber sido por la testarudez de sus hombres que lo llevaron a la isla de Cayboa en donde perdió la vida, lo hubiera sin duda llevado a cabo antes. Esa noche tuvimos rayos y truenos como no los había oído ni visto en toda mi vida. Los prisioneros nos dijeron que en esas latitudes por donde andábamos las tormentas causan grandes daños en la tierra y en el mar. Y creo que el palo mayor de nuestro barco sufrió entonces averías. La estación lluviosa estaba en lo fino; el viento soplaba más comúnmente del noroeste, aunque con ratos de calma.

Capítulo XVIII

Zarpan los piratas del puerto de Hilo al Golfo de Nicoya, en donde le suprimen el puente al barco y remiendan las velas. Cuarenta y siete hombres se separan y se regresan por tierra. Descripción del golfo. Toman allí dos lanchas y algunos prisioneros.

Desde el día que partimos del puerto de Hilo hasta el domingo 10 de abril de 1681, nada ocurrió que valga la pena relatar; y a causa de mis malestares no anoté nada en mi diario. Hoy pudimos oír con claridad el romper de las olas en la playa, pero sin poder ver tierra; tales eran la oscuridad y la bruma. Pero para medio día el tiempo aclaró y vimos que nos hallábamos en la bahía llamada de Malabrigo. La costa corre aquí de este a oeste. Nos encontrábamos, según observaciones, en los 6° 35' de latitud sur. Desde allí vimos por sotavento la isla de Lobos de Tierra, (1) que no es más que un promontorio pelado y rocoso. Al suroeste se alza un cerro rojizo, lugar de la isla muy frecuentado por los pescadores indígenas. Está situado en los 6° 15' de latitud sur. En la tarde de ese mismo día divisamos la llamada Punta Aguja. (2)

El 16 de abril llegamos a una legua del extremo occidental de la Isla de la Plata. (3) Al día siguiente, es decir el domingo 17, los descontentos de nuestro barco que ya venían de mal humor con el viaje —especialmente desde el día del frustrado asalto al puerto de Arica, (4) y que nunca volvieron a estar de buenas con nosotros desde cuando eligieron al capitán Watling en sustitución de Sharp, a quien depusieron en la isla de Juan Fernández (5) estallaron en protestas. Nada pudo apaciguarlos; no quedó más que aceptar su decisión de separarse de nosotros. Así pues, ese día dejaron el barco 47 hombres en un solo grupo dispuestos a irse por tierra por el mismo camino que habían venido a este mar. Los que quedamos juramos seguir en la brega y ayudarnos mutuamente con estrecha fraternidad. Los disidentes se llevaron cinco esclavos para que los guiaran a

(1) Frente a la costa del Perú.

(2) Frente al Perú también.

(3) Frente a Ecuador.

(4) En Chile

(5) Frente a la costa chilena

LOS BUCANEROS EN AMERICA

través de las montañas y les sirvieran en todo. (1) Nos encontrábamos ese día en 1° 30' de latitud sur. Salimos con viento nor-noroeste en popa.

Al día siguiente de haber ellos partido, que fue 18 de abril, comenzamos a dismantelar uno de los puentes superiores y a remendar las velas.

El 19 rumboamos hacia el noroeste. Estábamos en 2° 45' de latitud norte. En la tarde oscureció. El día siguiente continuamos sobre el mismo derrotero e hicimos 70 millas, según mis cálculos

En la mañana del 21 nos cayeron unos cuantos chaparrones con viento flojo. Algunas tortugas nadaban a flor de agua y vimos cardúmenes de peces. Cogimos 26 delfines pequeños. Ese día hicimos 40 millas en dirección noroeste y norte.

El 22 de abril cogimos siete delfines grandes y un bonito. De la multitud de tortugas que vimos cogimos cinco. Navegábamos ya en 5° 28' de latitud norte. Aquí hay una muy grande y fuerte corriente. Este día bajamos el puente del barco poniéndolo a nivel de la cubierta superior.

El día siguiente sopló un viento lerdo, pero llovió a torrentes. Entonces todo mundo a bordo llenó sus cachorros y se acopió mucha agua para el consumo de todos. En la mañana de ese día pescamos ocho bonitos, y diez más en la tarde.

El 24 de abril tuvimos un día nublado y lluvioso. Ibamos en 7° 37' de latitud norte. En la mañana pescamos 40 bonitos, y 30 más en la tarde. El viento soplabá del suroeste.

Lunes 25. Pasamos toda la noche soportando rachas de viento y ramalazos de agua. Al amanecer avistamos tierra, que al examinarla descubrimos era la isla del Caño. (2) Su costado occidental es muy elevado. A medio día aclaró. Nos hallábamos en 8° 34' de latitud norte. En la tarde enviamos una canoa a la isla; encontraron agua de buena calidad y tierra pareja, y hasta vieron los hombres un camino. Me tocó hacer el primer turno de la noche, y sopló viento terral.

(1) Este grupo, entre los cuales iban William Dampier y Lionel Wafer, llegaron en botes al Golfo de San Miguel, en Panamá, en donde pisaron tierra y cruzaron el istmo. Dampier publicó en el primer volumen de sus viajes un breve relato de la expedición de Sharp, y de su regreso a través del istmo hasta llegar a las Antillas. Wafer, que sufrió un accidente en su viaje por tierra a través del istmo vivió unos meses entre los indios de Darién, y después publicó sus experiencias vividas entre ellos.

(2) Frente a Costa Rica.

A la mañana siguiente anclamos al costado este de la isla cuya anchura no pasa de una legua; en la tarde dejamos el fondeadero y fuimos a anclar a tiro de mosquete de su punta noreste. Allí y en la mayor parte de la isla abundan los cocoteros. Por el lado norte tiene muchos arroyos con buena agua y playas arenosas. Vimos además en la playa algunos puercos, de los que matamos tres. Hormigueaban allí las tortugas y los peces, pero son muy ariscos. Vista por su lado norte la isla tiene este aspecto:



Isla del Caño

Lat 8° 45' norte

En las primeras horas de la tarde del 27 de abril tuvimos lluvia y vientos, pero después aclaró. El día siguiente fue también borrascoso. El sábado 30, a eso de las siete de la mañana, levamos anclas y con viento flojo salimos rumbo al noroeste. Ese día llovió mucho, con rayos y truenos.

Lunes, 2 de mayo. Hoy nos hallamos a 9° de latitud norte. Todo el día navegamos frente a una costa muy alta y montañosa, y apenas habían pasado seis horas cuando comenzó a tronar, a relampaguear y a llover también; igual siguió el tiempo por dos días más, de suerte que aquello fue pura tronada y agua.

El 5 de mayo fue un día más o menos bueno, y al atardecer nos encontramos justamente frente al Golfo de Nicoya.

Viernes, 6 de mayo. Esta mañana apareció la península claramente a nuestra vista. Por el noreste se ven ciertos islotes a unas ocho leguas, cerca de tierra. Pusimos proa hacia el nor-noroeste en dirección al más grande, por cuyo lado este-sureste hay dos o tres peñones. La tierra firme del este es una hermosa sabana cruzada por un camino muy ancho que se distingue desde el mar. A medio día, hacia el norte, avistamos puerto Caldera. A esa hora la bajamar nos obligó a sondear en medio golfo, donde la profundidad alcanzó catorce brazas. Luego anclamos más cerca de los islotes, en 19 brazas y fondo legamoso.

Sábado, 7 de mayo. La noche antes de amanecer este día fue toda muy agradable. En la mañana salimos un grupo en una canoa en busca de un lugar donde fondear. En las islas costeras encontramos muchos pozos, pero con muy poca agua, o nada del todo. Ninguno nos gustó. En

una de las islas hallamos un sombrero y muchas tinajas vacías, prueba evidente de que alguien acababa de estar allí. A eso de las ocho levamos anclas, y más o menos a las tres de la tarde fondeamos de nuevo en seis brazas de profundidad.

Domingo, 8 de mayo. En la noche llovió mucho, con relámpagos y truenos. Al amanecer salió el capitán Sharp en dos canoas con 22 hombres a merodear en busca de un barco enemigo o prisioneros. En la tarde (sin viento) la marea nos llevó dos o tres leguas golfo adentro, hasta dar con fondo de tres brazas. Luego vimos venir de la isla de Chira, que teníamos en frente, una de nuestras canoas en busca de más armas y de gente; nos dijeron haber visto dos lanchas golfo adentro. Ocho fuimos con ellos a tierra, y dos se unieron a los ya mencionados, quedando los otros seis custodiando a los prisioneros que habían hecho. Con éstos fuimos muy benévolo, pues supimos por ellos mismos que los españoles los trataban con suma dureza. Había en ese lugar ocho o nueve casuchas y una ermita. Esta gente fue antes del descubrimiento un pueblo grande que los españoles casi exterminaron. Remontamos un río como una legua y tomamos dos lanchas por sorpresa, las que nos habían dicho. Una de ellas era la misma que habíamos capturado en Panamá, de lo cual di cuenta al principio de esta historia.

A la mañana siguiente levamos anclas junto con las lanchas y bajamos el río rumbo a nuestro barco. Los prisioneros que allí hicimos nos dijeron que cuando andábamos por el oeste de este mar, había 100 hombres en el puerto de Santa María. Que los hombres que nos abandonaron en la isla de Cayboa, como ya dijimos, encontraron la barca que perdimos en el mar, mientras navegábamos por allí, y que todos habían llegado a tierra sanos y salvos. Que en el Mar del Norte, cerca de Portobelo, se habían apoderado de un buen barco, en vista de lo cual los españoles, en prevención de otro ataque, tenían desde entonces tres barcos de la armadilla apostados en la boca del río Santa María. El lunes por la noche salió nuestro capitán con 24 hombres a otro río en donde hizo varios prisioneros, entre los cuales se encontraban un carpintero de ribera y sus oficiales, los que consideramos nos servirían de mucho en la reforma del barco. Estos carpinteros construían entonces dos barcos de gran tamaño para los españoles. Siendo prisioneros nuestros hicieron una balsa de troncos de árboles para embarcar sus herramientas. En un botecito pusieron algunas de ellas así como cierta cantidad de hierro para llevarlo todo por el río al barco nuestro. Pero el botecito, sobrecargado, se hundió, y desgraciadamente en el hundimiento pereció el compañero John Alexander, escocés.

El jueves 12 de mayo despachamos una canoa a poner a floté el botecito hundido, y fue recobrado. Esa misma tarde hallaron el cadáver del ahogado. El viernes por la mañana lo echamos al mar desde el barco con

las tres salvas de rigor. Este día y el anterior hicimos aguada en lugar cercano a las casas ya mencionadas de la isla de Chira. Entre los prisioneros teníamos a un comerciante español a quien soltamos para que fuera a traernos unas reses con las que rescataría su lancha nueva que le tomamos allí. El día de hoy fue agradable, pero el domingo siguiente llovió de la mañana a la noche.

El lunes 16 de mayo comenzamos a trabajar en la reforma del barco. El martes se nos escapó Peter, un indito. Había sido criado del capitán Sawkins. El miércoles murió un esclavo indio llamado Salvador. El jueves oímos treinta o cuarenta disparos en tierra. El viernes que fuimos a mariscar cogimos unas coquinas tan grandes como dos puños juntos. En la noche cayó un tremendo aguacero con truenos, relámpagos y muy recios ventarrones; era tal la rayería que durante dos horas pareció de día, y nunca dejó de tronar. El domingo seguimos trabajando en el barco; la noche anterior tuvimos también lluvia, relámpagos y truenos.

Miércoles 25 de mayo. Hoy pusimos fin a nuestra obra maestra, es decir, haberle suprimido el puente al barco. Redujimos además la altura de los mástiles. Ya todo estaba listo, pues, y todo mundo se hubiera sorprendido de ver cuánto habíamos logrado hacer en menos de dos semanas. Ese mismo día dejamos en libertad a los carpinteros españoles que tan bien nos sirvieron todo el tiempo, al viejo piloto, al anciano español capturado en la isla de Iquique, allá en Chile, y a otros españoles y esclavos. A todos ellos, pero en particular a los carpinteros, les dejamos en recompensa de sus servicios la lancha nueva que habíamos capturado allí; nos llevamos la vieja que pusimos a cargo de seis hombres y dos esclavos. Al día siguiente bajamos hasta Venero, y esa misma tarde habríamos partido si no se nos hubiera descompuesto el torno de levar el ancla. En el Golfo de Nicoya disfrutamos casi todo el tiempo que estuvimos allí de una fresca brisa marina, y durante la noche sopló viento terral.

Viernes, 27 de mayo. Hoy también nos dejamos llevar por la marea hasta la isla del Caballo, siempre en el golfo. Bajamos allí y recogimos agua; aquí se nos escapó el intérprete Cannis Marcy.

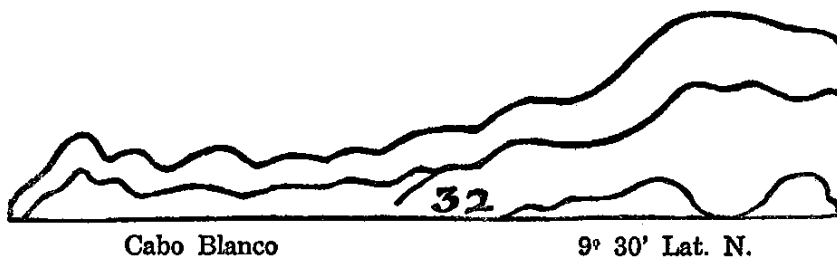
En la mañana del 28 de mayo nos hicimos a la vela, alejándonos 29 leguas de esa rocosa y rica costa. Y, sin embargo, su profundidad era de sólo siete brazas. Aquí ví ese día una marsopa blanca. Detrás de la isla está la población de Nuevo Cabo Blanco. De puerto Caldera no se ve más que una bodega. Fondeamos en una profundidad de siete brazas a una legua de la playa, y cogimos cinco tortugas.

Al otro día, 29 de mayo, divisamos Cabo Blanco y salimos del golfo con viento del sur en contra. Para ilustración del lector dibujé el plano del Golfo de Nicoya que figura aquí.

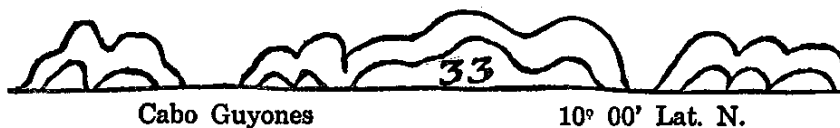
Capítulo XIX

Salen los piratas del Golfo de Nicoya para Golfo Dulce, donde carenan sus embarcaciones. Relato de la travesía a lo largo del litoral costarricense y descripción del Golfo Dulce. Obligan los españoles a los indios de Darién —mediante una socaliña maquinada en nombre de los ingleses— a entrar en arreglos de paz.

Miércoles 1o. de junio de 1681. Este fue un día muy agradable, pero con poco viento. Aquí el flujo de la marea, o la corriente, nos empujó hacia el oeste del Cabo Blanco. A dos millas de este cabo, mar adentro, hay un pelado y árido islote. El Cabo Blanco, visto desde el este y a cuatro millas de distancia, tiene este aspecto:

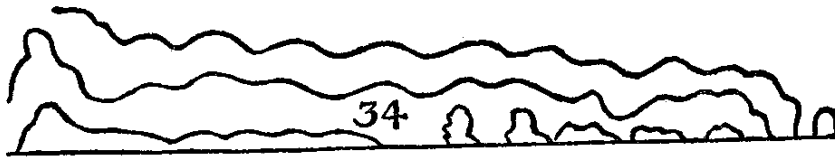


Aquí la costa corre hacia el noroeste medio oeste, y su perfil baja gradualmente hacia Cabo Guyones. Este cabo, a 7 leguas de distancia, y por el noroeste se ve así:



A primera vista el Cabo parecía ser dos islas. La última parte de este día estuvo nublado.

2 de Junio. Esta mañana avistamos tierra que a 7 leguas de distancia por el noroeste parecía ser varios islotes. Tratábase de Puerto Velas, y semejaba esto:



Puerto Velas

Esta tarde convocó el capitán a toda la tripulación para preguntarnos qué rumbo opinábamos que debíamos tomar. Habiéndose discutido los diversos pareceres, se tomó la resolución de dirigirnos al Golfo Dulce para carenar allí las embarcaciones. Resuelto el caso decidimos partir para el cabo, y piratear bajo la línea equinoccial. Hoy notamos que la lancha capturada en el Golfo de Nicoya era más velera que el barco en que íbamos nosotros.

Viernes, 3 de junio. La noche pasada fue muy clara; sopló viento fresco y seguimos rumbo al sureste. En la mañana de hoy no vimos tierra. En la tarde tuvimos viento del sur-sureste y suroeste por el sur.

Cuatro de junio. Este día navegamos hacia el este y por norte; el viento sopló del oeste y oeste por norte. En la tarde navegamos rumbo noroeste y divisamos tierra a más o menos 24 leguas de distancia del Cabo Blanco. Domingo, 5 de junio. Anoche nos mantuvimos al paio toda la noche o gran parte de ella. Esta mañana divisamos la Isla del Caño al este-sureste de nosotros. Vimos cardúmenes, pero no picaron. Y también vimos serpientes marinas de diversos colores.

Seis de junio. Llovió toda la noche, pero sopló poco viento, mas lo suficiente para alejarnos de la isla mencionada.

En la mañana sopló viento fresco del norte-noroeste. Seguimos hacia el sur, y luego rumbeamos al noreste. La tierra corre de Punta Mala a Golfo Dulce y Punta Burica, (1) este-sureste, medio sur. Nueve leguas atrás quedaba la Isla del Caño. Punta Burica, vista a la misma distancia, o algo así, se ve de esta manera:



Punta Burica

8° 00' Lat. N.

(1) Punto fronterizo entre Costa Rica y Panamá

El costado occidental de Golfo Dulce es de tierras muy altas, y cerca tiene un peñón elevado. Hay además otros dos peñones más adentro del mar; el más lejano dista una milla de la costa. El lado oriental también es alto, pero se convierte en pequeñas puntas y ensenadas que bajan gradualmente hasta llegar a Punta Burica. Llegamos como a una milla de la entrada al golfo, y anclamos en ocho brazas y media de profundidad.

Al día siguiente, que era 7 de junio, volvimos a levar anclas cuando comenzaba a subir la marea y nos internamos unas dos leguas. En la tarde anclamos en siete brazas y media. Llovió hasta las ocho de la noche, y fueron cantaradas, no simple lluvia.

Miércoles, 8 de junio. Al salir el sol levamos anclas de nuevo. Soplabla una fresca brisa. Cuanto más nos adentrábamos, más hondo se hacía el golfo, hasta que ni con un cable de treinta brazas pudimos dar fondo. Hoy enviamos la canoa en busca de agua y de un buen lugar donde anclar. En tierra hallaron los hombres a un indio y dos muchachos, a quienes trajeron prisioneros a bordo. Los tratamos bondadosamente, dándoles víveres y ropas, pues su desnudez la cubrían con sólo un trozo de corteza de árbol macerada. En el interrogatorio a que los sometimos dijeron que un sacerdote español había llegado allí en son de paz, pero que les ordenó severamente no acercarse nunca a ningún navío ni canoa que llevara bandera roja, pues serían ingleses que seguramente los matarían. Al preguntárseles dónde estaba el padre ese, respondieron que se había ido de regreso a una ciudad muy grande, distante cuatro días tierra adentro. Después de esto, el indio dejó a los dos muchachos —sus hijos— a bordo, y se fue a un platanar a buscar más indios para traérmolos; el lugar del platanar distaba, según nos dijo, una legua río arriba. Anclamos en una ensenada cercana a un islote en donde dos ríos corren a distancia de un tiro de piedra uno del otro, en veintisiete brazas y media de profundidad, y a un cable de distancia de la marca dejada por la marea baja. Los indios a quienes fue a buscar el prisionero vinieron varias veces a vendernos miel, plátanos y otros bastimentos que les comprábamos o cambiábamos por cosas de su gusto. Nos servimos de sus botes para calafatear el barco. Sus dardos y flechas tienen puntas de hierro tan filosas como navajas de afeitar.

Uno de los prisioneros que tomamos en el Golfo de Nicoya nos dio cuenta de la manera, o más bien dicho de la artimaña con que los españoles obligaron a pactar con ellos a los indios de la provincia de Darién después que nosotros salimos de allí. Y fue así: un francés que en la isla de Taboga desertó de nuestras filas para pasarse a los españoles, fue enviado por éstos en una embarcación a la boca del río que de aquella provincia desagua en el Mar del Sur. Llegado que hubo allá bajó a tierra en una canoa y dijo a los indios que los ingleses que habían pasado por allí estaban

LOS BUCANEROS EN AMERICA

ya de vuelta de sus correrías por el Mar del Sur. Luego les rogó tuvieran la bondad de venir con él a bordo del barco inglés para invitarlos a desembarcar. Los cándidos indios oyeron encantados el cuento y 40 de los principales jefes subieron al barco español en donde fueron hechos prisioneros de guerra e inmediatamente llevados a Panamá. Allí se les obligó a hacer arreglos de paz en términos muy desventajosos; y sólo hasta entonces los dejaron en libertad.

Estos desdichados indios de Golfo Dulce venían todos los días a comer y beber amistosamente con nosotros. Embancamos el barco pero la marea no bajó lo suficiente para poderle ver la quilla. Mientras lo carenábamos levantamos un cobertizo en tierra para dormir y comer en él; todos los días pescamos mucho y bueno. El domingo 12 de junio, marchando el trabajo de carenadura conforme a lo programado, nos dispusimos a limpiar la bodega, y allí, de repente, los otros y yo nos quedamos estupefactos del horror de ver la porquería y sentir la hediondez de aquello. Un buen rato después el aire fresco y la luz que entraron purificaron el ambiente disipando la tremenda fetidez. El 14 de junio una rugiente tempestad nos rompió el cable, y, de no haber sido porque en ese momento subía la marea, nos hubiéramos perdido con todo y barco. No obstante, logramos embancarlo otra vez y dejarlo bien seguro. El 21 de junio nos hicimos de nuevo a la vela y entramos una legua más. Y mientras unos nos dedicábamos a llenar los barriles de agua, otros se fueron abajo a rajar leña.

Jueves, 23 de junio. Hoy se nos escaparon dos negros. Uno se llamaba Hernando; el otro Silvestre. Siguiendo su ejemplo, el lunes 27, se nos zafaron dos prisioneros esclavos. Llamábase el uno Francisco, negro; el nombre del otro era también Francisco, pero indio de Panamá. A éstos logramos recapturarlos antes de que pudieran llegar a tierra. El martes siguiente me interné en el golfo recorriéndolo en la barquita de vela, y habiéndolo reconocido de arriba para abajo tracés el plano que aquí presento. Nuestro capitán dio a este golfo el nombre de King Charles.

